

La crisis de la otra cultura colombiana

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

No hace muchos meses Jaime Duarte French puso el dedo en la herida de uno de los problemas nacionales más graves, y el cual, por no estar incluido en la famosa "canasta familiar", se le viene ocultando con cortesías y eufemismos. He aquí lo que dijo Duarte French: la cultura colombiana está en crisis, o, lo que a mi juicio resulta igual, en Colombia no existe la cultura. Y allí fue Troya. Porque dicha afirmación se quiso refutar trayendo a cuento la obra que está haciendo en el país un organismo como Colcultura, contando, claro está, con el ejemplo mismo y máximo de la Biblioteca Luis-Angel Arango. Se habló, en efecto, de la "obra espléndida" de ambas instituciones. Pero el argumento resultó, a la postre, deleznable. Pues mientras no se reduzca la frontera de los analfabetos de primero y segundo grado, los libros, los discos, los cuadros y los conciertos continuarán siendo un privilegio de esa clase social a cuyo "corazoncito" ape-la una agencia del Estado con objeto de mermar el consumo de combustibles. O en otras palabras: que la "vil multitud", que "perdió todas las repúblicas", pierde igualmente a la cultura colombiana. Todo indicaba, por eso mismo, que Duarte estaba en lo cierto, como lo demostró un trabajo muy minucioso y veraz de Eduardo Santa.

Ahora bien, semejante afirmación de Jaime Duarte nos puede aproximar igualmente a la crisis de la cultura urbana, pues ésta depende en alguna parte de la crisis de la que se podría llamar cultura-cultura. O sea del enriquecimiento del Espíritu a través de la literatura, la música, la pintura, el teatro, etc., etc. Esto quiere decir, y virtiendo las palabras del director de la Biblioteca Luis-Angel Arango a otros términos conceptuales, que el dinero, el poder, el equipamiento mecánico, la publici-

dad, la TV y los periódicos —la Plaga Blanca de que habló Mercier— de las cuatro grandes ciudades colombianas (1) —Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla— han creado algo así como un cuello de botella para el desarrollo de esas manifestaciones del espíritu. A lo cual se deben agregar, junto con el fenómeno de la urbanización alocada, la consecuencia de estos fenómenos: los fantasmas, los temores, las obsesiones y las neurosis de los habitantes de tales capitales. Así, por ejemplo: las supersticiones traicioneras y el “salvaje irracionalismo”, que no debe confundirse con las contraculturas. Con motivo de los asesinatos y suicidios de Guyana, los principales diarios del país creyeron oportuno hacer el catálogo de las manías y locuras colectivas colombianas, citando a cierta pitonisa supraparlamentaria, al culto de un finado botellero en el Cementerio Central de Bogotá, a los “niños de Dios”, a los jovenzuelos, cubiertos, no obstante, de moho, del culto de Krishna, a los templos comerciales del hermano José Gregorio y, en fin, a los adoradores de la **Clavícula Salomonis**. Esto último agregado por mi cuenta, ya que los llamados **upaces**, **cinco** y **seis**, **pollones** y otras epidemias crematísticas y económicas pertenecen a lo que un oportunista llamó la “franja lunática”. Sin quitarle su dimensión terrorífica al caso Guyana, cabe recordar que fueron unos Jimes Jones los que, en la Holanda del siglo XVII, ocasionaron la fiebre de los tulipanes. Esa fiebre especulativa que condujo al pueblo del Zuiderzee a la ruina económica y, desde luego, a su derrumbamiento moral.

Con esto, creo que damos un paso más para la perfecta comprensión de las tesis de Jaime Duarte. ¿Por qué? “El hombre, en el fondo, —escribió Ortega, ese espléndido espíritu liberal de la primera mitad de este siglo y a quien ahora los intelectuales amaestrados tildan de “reaccionario”— es crédulo o, lo que es igual, el estrato más profundo de nuestra vida, el que sostiene y porta todos los demás, está formado por creencias”. No tengo necesidad de hurgar demasiado en el pensamiento de Ortega sobre la estructura de la vida, es decir, sobre esa tierra firme en donde los humanos nos movemos y ante todo vivimos, pues lo cierto es que para evitar que los pueblos llenen sus creencias —lugares vacíos— con cualquier clase de bazofia existe precisamente la cultura. De ahí que yo alguna vez me hubiese atrevido a crear el concepto **cultoestructura social** a fin de saber, con mayor rigor, el sitio y el papel de la cultura en la sociedad. Que puede ser, según el nivel que alcance la cultura, buena, mala o

regular. Buena cuando un pueblo no vive a base de hechizos y conjuros; mala, cuando vive de ellos, y regular cuando corre a campo traviesa, bizqueando entre lo racional y lo irracional. La **cultoestructura** no es, pues, la misma cultura, sino uno de sus dos polos. Evidentemente, ella, la cultura, existe porque la **cultoestructura social** de un país se conforma mediante la relación dinámica de aquel polo y su opuesto, a saber, la incultura.

Hay allí, en la **cultoestructura social**, la evidencia de que la cultura se acrecienta mediante excitaciones y reacciones, y no valiéndose de causas directas, como se afirmó cuando se quiso refutar a Duarte French; y desde luego hay una evidencia de bulto a favor de su hipótesis. “Editamos tantos libros, luego la cultura ha aumentado en un X%, se arguyó con razones de tendero florentino. Intentemos explicarlo brevemente. La **cultoestructura** es autónoma, se causa a sí misma, y por eso la obra de un solo hombre, llámesele Sofocles, Mahoma o Lenin, no es su causa sino apenas su excitante, su reactivo. Y viceversa: sus obras —literaria, religiosa o política— no son “efecto” de la **cultoestructura**: son una libre respuesta, una reacción espontánea ante ella. Quiero decir que los hombres en sociedad crean lentísimamente esta especie de Muralla China cultural, y que por eso, por esta vasta acumulación de esfuerzos, es por lo que la **cultoestructura** inventa al hombre. Esto es, que le sostiene y sirve de morada. Quedando así la vida personal protegida, pero a la vez abstraída, apartada de su importancia individual. San Juan, a quien los esotéricos —los cátaros— le atribuyen la mayor sabiduría simbólica, nos lo dijo a perpetuidad: “estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por él, y él mundo no lo reconoció”.

Pero no nos perdamos. Deseo hablar de la crisis de “otra cultura”, de la crisis de la cultura campesina colombiana. Para lo cual tuve que referirme a la tesis de Jaime Duarte y a mi concepto de **cultoestructura social**; porque la cultura campesina hace parte de ésta. En el ensayo “La ciudad frente al campo”, Danilo Cruz Vélez nos recuerda un pensamiento de Aristóteles, según el cual “el hombre es por esencia un viviente urbano”. Pero de “una urbe con su contorno natural”. “Entonces —escribe el ensayista colombiano— es la ciudad frente al campo”; yo habría escrito: complementada por el campo, ya que “desde la plaza se contemplan los sembrados, el río, el mar, los cerros, los bosques y los caminos que los unen”. Era no sólo la polis griega: es la ciudad europea contemporánea —una Amsterdam, ponga-

mos—, si se exceptúan Londres y París. Y claro está que en ningún momento es la ciudad monstruosa colombiana; ésta se ha desarraigado, se ha arrancado de la fuente de la vida. En suma: ha perdido su razón de ser para el hombre. De donde resulta que hasta lo que era subjetiva y objetivamente rural sólo lo es hoy por el hecho de referirse a estas inmensas y desorganizadas selvas de cemento: producción, trabajo, diversión, transporte, etc., etc. Con lo cual llego a otra realidad de nuestra sociedad, es decir, a que Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla—incluyendo, es obvio, a las demás ciudades en sus respectivas perspectivas— se han ruralizado. ¿O es que, por ventura, al campesino no se le ha confiado el triste papel de hacer de mosca frente al “atrapamoscas” urbano? Ahí, en estas ciudades, se pueden ver no sólo las conductas regresivas, que rápidamente se pseudo-filosofan buscando una salida, sino las sórdidas ruinas que el campesino, con plata o sin ella, construye en la ciudad. Es un desafío a la ciudad con un orden más bajo de “realidad”. Hay, pues, un viaje de ida y vuelta: el campesino destruye a las costumbres urbanas, y la urbe enteca, esteriliza, maltrata, a la vida campesina de la nación.

Voy a citar un ejemplo; ajeno desde luego al desempleo, la violencia urbana, los paros nacionales, la congestión de los doctores en las grandes ciudades, la prostitución (2), aunque a la postre los esté, como el Sol de los venados, calentando a fuego lento. Hace poco estuve en Tópaga, Monguí, Isa, Mongua, Turmequé, Tibaná, Nuevo Colón y, al otro lado, en Sutamarchán, Sáchica, Chíquiza, Sora, Cucaita: varios pueblecitos boyacenses que para los poetas y mi amigo el pintor Antonio Pérez Vargas arropan con su lumbre transparente el dulce hogar de la auténtica vida colombiana, porque el viejo río de los ensueños y los asombros sosegados todavía —todavía!— lame las bardas de sus caserones y solares que la luna, en duelo de sombras y luceros, vierte sobre unas calles que apenas parecen haber sido construídas para contener el perfume de una rosa. Sin embargo, lo que uno contempla, con ojos menos encandilados por la emoción y por el arte, es que la antigua organización municipal, con su añejo código de vida, con su repertorio de gestos y aún con su economía de gastos para llevar una existencia decorosa, está congelada. Sin que haya sido remplazada por otra. Sobre el paisaje boyacense, un paisaje que con sus sauces lánguidos, sus trigales con su cauda de crines doradas, sus caminitos tutelares, arroja sobre el viajero una sensación de caricia morosa y lángui-

da, estos pueblucos son solamente piedras miliares que atestiguan el fenómeno de la decadencia de la **cultoestructura social** colombiana. Gente joven se ve, claro está; pero como me lo decía un labriego en la plaza de Tópaga: “hasta los curas ya no viven en estos pueblos, y de Sogamoso viene el párroco cuando hay que acristianar”. “Para no recordar, a ciegas de noche combato”, igualmente me hubiera podido confesar ese labriego que todavía es un niño que sueña y fundiendo suavemente dentro de su corazón el verso del poeta mexicano Rubén Bonifaz Nuño.

Había, en consecuencia, en el país una cultura campesina. No pretendo decir que la miseria y la ignorancia rurales (3) sean equivalentes a esta cultura. No. En cambio, sí quiero afirmar que esta cultura aportaba a la vida nacional el don de la vida sencilla. El campo, el pueblo, exhalan una mezcla de fuerza, utilidad y bella simplicidad. Campesino, sementera y oración no eran realidades en que cuajaba un tipo de miseria, sino que implicaban todo lo contrario: un descomunal esfuerzo para aliviar la penuria cotidiana. Pero todo esto, como a la sombra bienamada de Silva, se lo llevó el tiempo. No demos, sin embargo, un paso atrás. No intentemos revivir esta cultura campesina sino en su única forma posible: recordándola tal como fue. Porque al olvidar la historia, y aquí estoy recordando un pensamiento ajeno, estamos rebarbarizando al colombiano actual.

Es que, cuéstenos lo que nos cueste reconocerlo, estos fenómenos que Colombia padece se deben, en su estrato más íntimo, a que perdió el horizonte y la médula de sus dos culturas, la urbana y la rural (4). Y por lo tanto cada colombiano se siente hijo de la loca de la casa, en verdad una pura fantasmagoría. Un fantasma que, eso sí, es víctima o victimario. Mas no debemos sobresaltarnos hasta bordear la desesperación. Pues en el hombre, aún todo lo paradójico que se quiera ver, lo fantástico es real; o sea que se puede trabajar, para su bien, con esa masa informe. Lo grave, lo gravísimo, estriba en considerar a la cultura como un adorno. Alguna vez Einstein dio esta respuesta, para explicar en pocas palabras su teoría de la relatividad: “antes se creía que si todas las cosas materiales desaparecieran del universo, quedaría el tiempo y el espacio. Según la teoría de la relatividad, el tiempo y el espacio desaparecen junto con las cosas”. Pues bien; las clases rectoras y revolucionarias de Colombia deben recordar, para extraer de ellas una nueva política y una nueva economía, que si la cultura desaparece de nuestra

sociedad, desaparece todo. Por lo pronto, su economía y su política. Ah, e igualmente la televisión en colores, los mostachos del señor Gabo y los reinados de belleza. Vale decir, la pólvora colombiana con todos sus trabucazos.

(1) Se habla acá de las grandes ciudades colombianas. Sin embargo, este juicio debe extenderse a la mayoría de las capitales de los Departamentos.

(2) “Medio millón de mujeres viven de la prostitución en Colombia”, informó un periódico local. Y da como causas las que ya todos conocemos: analfabetismo, migración rural, desempleo, miseria, etc. Con todo, no debe olvidarse que el “pecado de la carne” se eleva, en sociedades como la nuestra, a un primer plano con objeto de hacerlo servir de cortina de humo.

(3) De ninguna manera quiero decir que los problemas de la inquietante realidad colombiana actual se originan de abajo arriba. Basta recordar la concentración de la riqueza, la frustración de la reforma agraria, la dependencia de ciertas tecnologías, etc.; temas éstos que incluso sus beneficiados más conspicuos se han encargado de ventilar en el Capitolio. El país está, pues, rico, “riquísimo” —como afirmaría una señora de El Chicó. Pero tiene vicios que, no obstante su piel de vellocino, no logran ocultar su capacidad letal. Por ejemplo: el doctorismo. Esto puede ser un “repunte”, muy a la colombiana, del hidalgo español. “Todos —dijo de ellos Guicciardine— presumen de nobles”. Todos, en Colombia presumimos de “doctores”. Como se quejaban los habitantes de La Cava: “la villa fue rica mientras estuvo en manos de albañiles y pañeros, pero ahora que todo el mundo aspira a ser doctor en leyes o medicina, notario, oficial o caballero, la ciudad ha caído en la más mísera pobreza”.

(4) Nótese una vez más: yo no niego que la Biblioteca Luis-Angel Arango y Colcultura estén haciendo cultura-cultura. Pero permítaseme esta sencilla consideración: ¿la cultura no es un fuego que necesita mucha leña? La cultura-cultura, claro es. Y en el país como falta la atmósfera cultural —la *cultoestructura social*, con un mayor octanaje, por así decirlo, de cultura-cultura—, no hay tanta leña. Por lo menos en la calidad y densidad necesarias. Que fue, creo yo, lo que quiso decir Jaime Duarte French.